

Al llegar aquí, Le Merquier ya no leía. Detrás del ponente entraba en escena el orador, mejor dicho, el verdugo. Apagado el semblante, escondida la mirada, nada vivía, nada se movía en su alto cuerpo fuera del brazo derecho, de aquel brazo largo, anguloso, de cortas mangas, que bajaba automáticamente como una espada de la justicia, rematando cada final de frase en el gesto cruel é inexorable de una degollación. Y en verdad que lo que allí se efectuaba era una ejecución en regla. El orador se proponía hacer caso omiso de las leyendas escandalosas, del misterio en que aparecía envuelta aquella fortuna colosal adquirida en remotos países, libre de toda suerte de fiscalización. Pero había en la vida del candidato ciertos puntos de difícil esclarecimiento, ciertos detalles... Y vacilaba, y parecía como que buscarse, que depurase sus palabras, hasta que en la imposibilidad de formular la acusación directa: «Pero, señores, no rebajemos el debate... Todos habréis comprendido, todos sabéis á qué rumores infames hago referencia, y bien quisiera poder decir á qué calumnias; pero la verdad me obliga á declarar que cuando, citado ante vuestra tercera sección, M. Jansoulet ha sido requerido para que se exculpase de las acusaciones contra él dirigidas, fueron tan vagas sus explicaciones que, aun sin dudar de su inocencia, el celo escrupuloso por vuestro honor nos obligó á rechazar una candidatura sobre la cual recaía una sospecha de índole tan grave. No, un hombre así no puede sentarse entre vosotros; y al fin y al cabo, ¿qué vendría á hacer aquí?... Establecido desde hace muchos años en Oriente, ha olvidado las leyes, las costumbres, los usos de su patria. Es de los que creen en la justicia expeditiva, en los garrotazos en mitad de la calle, de los que fían en los abusos del poder, y, lo que es peor todavía, en la venalidad, en la bajeza envilecida de todos sus semejantes. Es el mercader que se figura que todo se compra, con tal de que el precio lo valga, hasta los votos de los electores, hasta la conciencia de sus colegas...

Era de ver la candorosa admiración con que aquellos santos varones, ahitos de bienestar, escuchaban á aquel asceta, á aquel hombre de otra edad que parecía un san Jerónimo salido del fondo de su Tebaida para venir, en plena asamblea del bajo Imperio, á fustigar con su indignada elocuencia el lujo

desvergonzado de los concusionarios y de los prevaricadores. Entonces sí que se comprendía perfectamente aquel honroso sobrenombre de «Mi conciencia» con que era conocido en el foro, y con el cual cuadraban á maravilla su elevada estatura y sus inflexibles ademanes. En las tribunas el entusiasmo estaba en créciente. Lindas cabezas se alargaban para verle, para beber su palabra. Corría la aprobación de boca en boca, haciendo inclinarse ramilletes de toda suerte de matices, como el viento en la eflorescencia de un campo de trigo. Una voz de mujer gritaba en tonillo extranjero: Bravo, bravo...

¿Y la madre? En pié, inmóvil, absorta en su anhelo de entender algo de aquella fraseología de pretorio, de aquellas alusiones misteriosas, hacía allí lo que los sordo-mudos que no adivinan lo que se habla delante de ellos más que por el movimiento de los labios, por el acento de las fisonomías. Bastábale á ella con mirar á su hijo y á Le Merquier para comprender el daño que el uno hacía al otro, las pérdidas, las envenenadas intenciones que de aquel largo discurso caían sobre el infeliz á quien se hubiera podido creer dormido á no ser por el temblor de sus recias espaldas y las crispaduras de sus manos que le ocultaban el rostro y se removían furiosamente por entre sus cabellos. ¡Oh! si desde su puesto hubiese ella podido gritarle: «Animo, hijo mío. Cuando todos te desprecian, ahí está tu madre que te ama. Vente conmigo... ¿Qué nos importa de toda esa gente?» Y por un momento pudo creer que lo que ella le decía desde el fondo de su corazón llegaba hasta él por intuición misteriosa. Su hijo acababa de ponerse en pié, de sacudir su cabeza melenuda, congestionada; sus labios gruesos como de niño tiritaban al influjo de una nerviosidad de llanto. Pero en vez de abandonar su asiento, parecía como que, por lo contrario, se agarrase á él y con sus gruesas manos amasase la madera del pupitre. El otro había acabado, llegábale á él su turno.

—Señores, dijo. Y se detuvo al momento, aterrado por el sonido ronco, terriblemente sordo y vulgar que por primera vez oía en público. Fuéle preciso hacer una pausa durante la cual atormentó su rostro en busca de movimientos, su garganta en busca de entonaciones que no acababan de salir, para recuperar la fuerza de su defensa. Y si era conmovedora la angustia de aquel pobre hombre, no lo era menos la de la

anciana madre que desde allá arriba, echada hacia adelante, anhelosa, moviendo nerviosamente los labios como para ayudarle á buscar las palabras, repercutía la mímica de la tortura de su hijo. Aunque él no podía verla, vuelto como estaba de espaldas á aquella tribuna que evitaba deliberadamente, sin embargo, aquel soplo materno, el ardiente magnetismo de aquellos ojos negros acabaron por devolverle la vida, y de improviso se encontraron desatados su palabra y sus gestos.

—Ante todo, señores, declaró que no voy á defender mi elección... Si creéis que las costumbres electorales no han sido siempre las mismas en Córcega, que todas las irregularidades cometidas, han de imputarse, no al carácter inculto y apasionado de su pueblo, sino á la influencia corruptora de mi fortuna, entonces rechazadme, será justicia y no me quejaré. Pero media en todo esto algo que no es mi elección, median acusaciones que atacan mi honra privada, que la ponen en duda, y á esto sí que no puedo dejar de contestar.

Su voz iba afianzándose poco á poco, cascada y velada siempre pero con notas conmovedoras, de esas que ostentan á lo mejor los órganos cuya dureza primitiva ha sufrido algún quebranto. Refirió sucintamente su vida, sus comienzos, su marcha al Oriente. Parecía uno de esos cuentos del siglo pasado, de corsarios berberiscos que asolan los mares latinos, de beyes y de bravos provenzales, morenos como grillos, que acaban siempre por casarse con alguna sultana y por «tomar el turbante», según la frase tradicional de los marseleses. «Yo, decía el Nabab con su sonrisa bonachona, no he necesitado tomar el turbante para enriquecerme, me ha bastado aportar á aquellas tierras de la indolencia y del no importa la actividad, la ductilidad de un francés del Mediodía, y en pocos años he conseguido reunir una de esas fortunas que no se hacen más que allí, en aquel diablo de países cálidos en que todo es gigantesco, precoz, desproporcionado, donde las flores brotan en una sola noche, donde un árbol produce un bosque. La excusa de fortunas como esas estriba en el modo de emplearlas, y tengo la pretensión de creer que no ha habido favorito alguno de la suerte que haya hecho los esfuerzos que he hecho yo para hacerse perdonar su riqueza. No he logrado conseguirlo.» ¡Ah! no, no lo había conseguido... En cambio de tanto oro como había sembrado

á diestro y siniestro, el desprecio ó el odio eran lo único que había cosechado... ¡Odio! quién podría jactarse de haber removido el que había removido él, como remueve el lodo, cuando llega al fondo su quilla, una barcaza cargada? Era demasiado rico, y su riqueza le hacía las veces de todos los crímenes, de todos los vicios, le hacía blanco de venganzas anónimas, de crueles é incesantes enemistades.

—¡Ah! señores, decía á voz en cuello el pobre Nabab blandiendo sus puños crispados, he conocido la miseria, me he batido con ella cuerpo á cuerpo, y os juro que es una lucha terrible; pero hay algo más horrible, más espantoso todavía, y es tener que luchar contra la riqueza, defender la dicha, el honor, el reposo, mal resguardados por esos montones de escudos que se os desmoronan encima y os aplastan. Nunca, ni en los días más negros de mi miseria, he sufrido las penalidades, los trabajos, los insomnios con que me ha agobiado la fortuna, esa maldita fortuna que aborrezco y que no me deja respirar... En París me llaman el Nabab... No es el Nabab como tendrían que llamarme, sino el Paria social que tiende los brazos abiertos á una sociedad que le rechaza...»

Impresas, acaso, parezcan frías las frases anteriores; pero allí, ante la Asamblea, la defensa de aquel hombre parecía marcada con el sello de una sinceridad elocuente y grandiosa que comenzó por asombrar, en boca de aquel patán, de aquel improvisador, sin letras, sin educación, con su voz de marinero del Ródano y sus ademanes de faquín, y que acabó por impresionar extraordinariamente al auditorio por lo que en ella había de inculto, de salvaje, de extraño á toda noción parlamentaria. Habíanse notado ya síntomas de asentimiento en los escaños, acostumbrados á recibir el monótono é incoloro chubasco del lenguaje administrativo. Mas al oír aquel grito de rabia y desesperación que lanzaba contra la riqueza aquel infeliz que se veía envuelto, arrastrado, ahogado por sus olas de oro, y que hacía esfuerzos y pedía auxilio para salir del fondo de su Pactolo, la Cámara entera se puso en pié aplaudiendo calurosamente, tendiendo las manos como si quisiese dar al infeliz Nabab aquellas pruebas de estimación de que se mostraba tan hambriento, y salvarle al propio tiempo del naufragio. Jansoulet lo sintió así, y reconfortado por

aquella simpatía, alta la cabeza, segura la mirada, prosiguió:

«Se os ha dicho, señores, que yo no era digno de sentarme entre vosotros. Y quien tal ha dicho es el último de quien yo hubiera esperado que lo dijese, porque es precisamente el único que conoce el doloroso secreto de mi vida; el único que podía responder por mí, justificarme y convenceros. No ha querido hacerlo. Pues bien, lo haré yo, por amargo que me sea... Calumniado vilmente ante el país, débome á mí mismo, debo á mis hijos esta justificación pública, y se la daré.»

Entonces, en brusco movimiento, volviéndose hacia la tribuna donde sabía que le acechaba el enemigo, y de pronto se detuvo presa de terror. Allí, frente por frente á él, detrás de la cabezita pálida y respirando odio de la baronesa, su madre, su madre á quien él suponía á doscientas leguas de distancia del terrible foco de la tempestad, estaba contemplándole, apoyada en la pared, tendiendo hacia él su divino rostro inundado en lágrimas pero radiante al propio tiempo y enorgullecido del éxito colosal de su Bernardo. Porque era aquel un verdadero éxito de emoción sincera, profundamente humana, y que algunas palabras más podían convertir en triunfo. «Hablad... hablad...» gritábanle de todos los lados de la Cámara como para animarle, para darle valor. Pero Jansoulet no hablaba. Poco tendría que haber dicho, sin embargo, para completar su defensa: «La calumnia ha confundido con toda intención dos nombres. Yo me llamo Bernardo Jansoulet. El otro se llamaba Jansoulet Luís.» Con esto bastaba.

Pero en presencia de su madre que ignoraba la deshonra del primogénito, era demasiado. Era demasiado para el respeto, para la solidaridad de familia.

Parecióle que oía la voz del anciano padre: «me muero de vergüenza, hijo mío.» ¿Acaso no moriría también ella de vergüenza si él hablaba?... Dirigió á la sonrisa materna una sublime mirada de abnegación. Luégo, en voz sorda, con gesto de abatimiento:

—Perdonadme, señores; decididamente esta explicación es superior á mis fuerzas... Abrid una información acerca de mi vida, accesible á todos y bien minuciosa; ¡ay! ya que todos se arrojan el derecho de interpretar sus actos... Yo os juro que no habéis de encontrar cosa alguna que me impida sentarme entre los representantes de mi país.

Ante aquella retirada que parecía el desplome repentino de un descaro colosal acorralado, el estupor, la desilusión fueron inmensas. Reinó un momento de agitación en los bancos, el tumulto de una votación por sentados y en pie que á la dudosa luz de los cristales miró vagamente el Nabab, como mira el oleaje de la multitud desde lo alto del patíbulo el condenado á muerte; luégo, tras ese siglo de espera que precede al momento supremo, oyóse en el silencio profundo al presidente, quien, con la mayor sencillez del mundo, dijo:

—Queda anulada la elección de M. Bernardo Jansoulet.

No se había visto nunca dar fin á la vida de un hombre con menos solemnidad ni estrépito.

Allá arriba, en su tribuna, la madre Jansoulet no comprendió lo que sucedía, sino que se iban despejando los asientos, que muchos se levantaban y se iban. Bien pronto no quedaron á su lado más que el caballero gordinflón y la señora del sombrerito blanco, asomados al antepecho, mirando con curiosidad en dirección de Bernardo, quien, á su vez, parecía disponerse á emprender la marcha metiendo con aire tranquilo una porción de voluminosos legajos en una gruesa cartera. Arreglados sus papeles, se levantó, abandonó su asiento... ¡Ah! Esas existencias de bohemios se ven condenadas á veces á pasar por trances bien amargos. Con paso grave, lento, bajo las miradas de la Asamblea entera, hubo de volver á bajar aquellas gradas que había escalado á costa de tantas penas y tanto dinero, pero á cuyo pié le precipitaba una fatalidad inexorable. Aquello era lo que esperaban los Hemerlinge siguiendo con la vista fija hasta su etapa postrera aquella salida desoladora, humillante, que graba en la espalda del invalidado algo del azoramiento y la vergüenza de un despido; luégo, así que hubo desaparecido el Nabab, miráronse el uno al otro con silenciosa sonrisa, y abandonaron la tribuna sin que la pobre anciana se atreviese á hacerles pregunta alguna porque su instinto le hacía adivinar la sorda enemiga de aquellos dos seres. Sola en la tribuna, siguió prestando toda su atención á la nueva lectura que se estaba dando, convencida de que todavía se trataba de su hijo. Hablábase de elección, de escrutinios, y la pobre madre, frunciendo sus espesas cejas, tendiendo su rojiza confía, hubiera estado escuchando religiosamente hasta el final el dictamen

de la elección Sarigue, si el ujier de guardia que la había llevado hasta allí no hubiese comparecido á avisarla de que todo estaba concluido, y de que lo mejor era que se retirase. La buena mujer pareció como que quedase muy sorprendida.

—¿De veras... ya está concluido?... decía levantándose como con pena.

Y muy bajo, con timidez:

—¿Qué tal ha ido?... ¿Ha ganado?

El tono de la pregunta era tan cándido, tan enternecedor que ni ganas le dieron al ujier de reirse.

—Por desgracia, no, señora, no ha ganado... Pero ¿por qué se ha parado en la mitad del camino?... Si no había estado nunca en París y era otro Jansoulet quien había hecho todo lo que se le imputa á él, ¿por qué no decirlo?

La anciana madre, palideciendo, se apoyó en el pasamano de la escalera.

Lo había comprendido todo...

La brusca interrupción de Jansoulet al verla, el sacrificio que le había ofrecido tan sencillamente en su bello mirar de res degollada, todo volvía á su memoria; la vileza del primogénito, del hijo predilecto, se confundía de un golpe con el desastre del otro, dolor materno de dos filios que la desgarraba por cualquier parte que se volviese. Sí, sí, ella era la causa de que no hubiese querido hablar. Pero ella no aceptaría sacrificio semejante. Era menester que volviese acto seguido para explicárselo todo á los diputados.

—Mi hijo, ¿dónde está mi hijo?

—Abajo, señora, en su carruaje. Él es quien me manda á buscaros.

La madre se precipitó delante del ujier, andando aprisa, hablando en voz alta, atropellando al paso á una porción de hombrecillos negros y barbudos que gesticulaban por los pasillos.

Después del salón *des Pas-Perdus* atravesó una vasta antecámara rotonda á cuyas altas paredes desnudas servían como de viviente y pintoreado basamento una fila de lacayos respetuosamente alineados. Desde allí, al través de las puertas acristaladas, divisábase la verja exterior, la multitud apiñada, y entre una masa de carruajes, el del Nabab que estaba aguardando. La campesina reconoció de paso á su enorme vecino

de tribuna en conversación con el caballero pálido, de anteojos, que había tronado contra su hijo y que recibía toda suerte de plácemes y de apretones de manos por su discurso. Al nombre de Jansoulet, pronunciado entre sonrisitas zumbonas y satisfechas, la anciana refrenó sus largas zancadas.

—Lo cierto es, decía un pollito que tenía cara como de mujer perdida, lo cierto es que no ha probado que fuesen falsas nuestras acusaciones.

Al oír aquellas palabras, la anciana se coló con furia en el centro del grupo, y encarándose con Moëssard:

—Lo que él no ha dicho, lo diré yo. Yo soy su madre y tengo el deber de hablar.

Hizo un alto para detener por la manga á Le Merquier que se escabullía.

—Vos, malvado, vos seréis el primero en escucharme. ¿Qué es lo que tenéis que decir contra mi hijo?... ¿Ignoráis por ventura quién es? Pues yo os lo diré.

Y volviéndose al periodista:

—Yo tenía dos hijos...

Moëssard había desaparecido. Volvióse á Le Merquier.

—Dos hijos, señor...

Tampoco Le Merquier estaba allí.

—¡Oh! oídme, oídme, os lo suplico, decía la pobre madre tendiendo las manos y las palabras en torno suyo para retener, para reunir otra vez á sus oyentes; pero todos huían, se escapaban, se dispersaban, diputados, revisteros, rostros desconocidos y burlones á los cuales quería contar por fuerza su historia, sin cuidarse de la indiferencia que habían de encontrar sus penas y sus goces, su orgullo y su ternura maternales expresados en una algarabía genial. Y mientras de tal suerte se rebullía, se agitaba, frenética, con la toca en desorden, grotesca y sublime á un tiempo como todos los seres de naturaleza en pleno drama civilizado, invocando como testigos de la honradez de su hijo y de la injusticia de los hombres hasta á los lacayos, cuya desdeñosa impasibilidad era todavía lo más cruel, Jansoulet que acudía á su encuentro, inquieto al no verla, apareció de improviso á su lado.

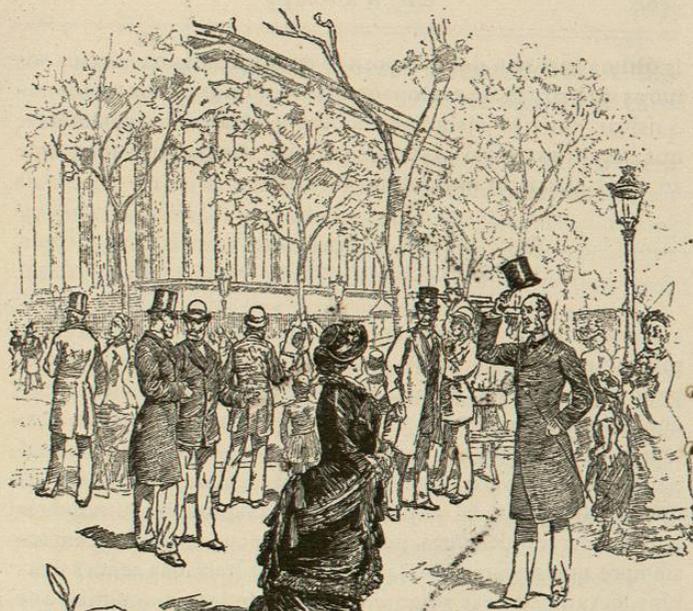
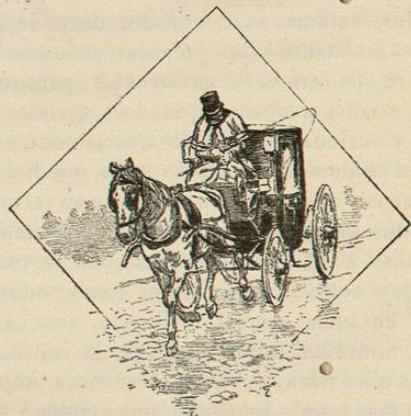
—Dadme el brazo, madre mía... Dejad á esa gente.

Y lo dijo en voz alta, en tono tan tranquilo y tan sereno que cesaron las risas todas, y que la anciana, calmada súbi-

tamente, sostenida por aquel apretón sólido en el cual se apoyaban los últimos temblores de su ira, pudo salir del palacio por entre dos filas respetuosas. Pareja grandiosa y rústica, los millones del hijo iluminando la rusticidad de la madre como esos andrajos de santa que circuye un relicario de oro, desaparecieron en el resplandeciente sol que brillaba afuera, en el esplendor de su deslumbrante carruaje, ironía feroz en parangón con aquella tremenda indigencia, símbolo elocuente de la miseria espantosa de los ricos.

Sentados ambos en el fondo, porque temían ser vistos, al principio no se dijeron una palabra. Pero no bien hubo emprendido la marcha el carruaje, no bien vió perderse detrás de él el triste calvario en el cual quedaba expuesta su honra, reclinó su cabeza en el hombro materno, ocultóla en uno de los pliegues del verde chal, y allí, dejando que corriese su escaldado llanto, sacudido todo su enorme cuerpo por los sollozos, volvía á encontrar el grito de su niñez, el ay lastimero de cuando era pequenito:

— Mamá... mamá...



XXII.

DRAMAS PARISIENSES.

¡ Ay ! cuán ligeras huyen
las horas del amor !
Un sueño, un punto, nada...
la vida de la flor !...

A la media luz del gran salón en traje de verano, atestado de flores, cubierto de fundas blancas el damasco de la sillería, encapuchadas las arañas, corridas las cortinas, las ventanas abiertas, la señora Jenkins sentada al piano descifra